

Croquis de Juan Ramón Uriarte

(Especial para ECA)

Dr. Julio Enrique Avila.

CONOCI a Juan Ramón Uriarte frente al resplandor de un incendio, en aquella época en que un incendio bien preparado significaba un pingüe negocio para cualquier comerciante en quiebra o poco escrupuloso. Frente al apogeo destructor del fuego, entre el ruido de la gente afanosa y de las bombas sin agua, el maestro me hablaba de poesía. Era yo todavía un adolescente y aún estaba fresca la tinta con que el gran don Miguel Pinto imprimiera en su *Diario Latino* mis primeros versos. Juan Ramón me tendió su mano y su corazón, dió alientos y marcó rumbo a mis inquietudes y, sobre todo, prendió en mi alma el cascabel de la inconformidad.

Cuando las llamas se empezaron a sentir hartas de devorar, yo ya amaba a Juan María Guyau, el genio precoz que escribiera «*El Arte desde el punto de vista sociológico*» y a José Enrique Rodó, cuyo «*Ariel*» llegó a ser una Biblia para mis ansias.

* * *

Juan Ramón Uriarte fué un himno al espíritu. Un himno perenne y fervoroso, una exaltación continua. Tuvo fe inquebrantable en el triunfo de la superación humana por medio del culto al espíritu y a él se entregó en entrega total.

Se alistó en el ejército del desinterés y allí fué capitán insobornable. Cada día, cada hora, cada minuto, tuvo una victoria sobre los otros y sobre él mismo. Convencido de que el que llega perece, él no se detuvo ni se dió nunca momento de reposo. La muerte lo sorprendió caminando hacia arriba, en una ascensión interminable.

El vivió sus propias palabras cuando dijo: «Llegar es detenerse; detenerse, estancarse; y estancarse morir en vida. Desgraciado del hombre que piensa que ha llegado, coronado su obra o terminado su empresa; desventurada la sociedad que cree que ha logrado su objeto o cumplido su fin; desdichado el pueblo que siente que ha alcanzado la meta. Los hombres, los núcleos sociales y los pueblos nunca deben pensar en el arribo, en el término, sino en avanzar siempre, en ascender perpetuamente. Surgir todos los días, con una luz más en el cerebro, con una nueva canción dentro del alma, la vista fija en el confín brumoso y lejano donde sonríen los ideales, con un paso hacia adelante, a un lado, pero nunca atrás, dando al viento del tiempo que pasa, como hojas secas, ideal y ensueños acariciados ilusoriamente ayer, un día, un año. Tal es la ley de la vida, alta, radiante, serena. Detenerse es comenzar a perder». Suave y honda filosofía, que impulsa a la acción, que se lanza a los espacios, como la piedra lanzada por la honda.

No eran las suyas campañas ruidosas, a base de demagogia callejera, éxitos falaces que viven el instante de los fuegos artificiales; sino la conquista íntima, lograda de alma a alma, el convencimiento llevado a cada espíritu, tal como la luciérnaga enciende su débil fulgor, tan solo un débil fulgor, pero que aun en las noches estrelladas logra vivir y perdurar junto a los astros. Así, quedamente, como en puntillas, en apariencia indefenso pero seguro en su fe como dentro de una cota de mallas, iniciaba sus luchas en pro del Ideal; y los corazones, uno a uno se rendían a su poder.

Pero ¿qué poder es ese? me diréis. ¿Qué armas eficaces podía oponer al halago esplendoroso, a la alegría prometedora, —que como una falsa moneda con la que puede adquirirse todo, gloria y poder, honras y conciencias— pone en manos de la juventud el placer egoísta?

Hemos visto los esfuerzos de la palabra docta en la tribuna, en el púlpito¹ en la cátedra, en los libros, luchar desesperadamente por despertar una conciencia¹ por crear un sentido moral, por enseñar a hacer sentir las nobles bellezas de la verdadera vida; pero el triunfo alcanzado no ha correspondido casi nunca a la devoción puesta en lograrlo.

Juan Ramón no era un orador. No poseía esa palabra que arrastra como en un vértigo. La palabra sangrante que conmueve, acaso sin convencer, y cuyo riego fecundo se evapora luego, como lluvia de verano en campo estéril. Más bien debemos confesar que no sabía hacerlo, porque lo declamatorio no era peculiar en él.

Como escritor su obra fué de positiva enjundia, depurada y honda. Nunca escribió versos, y sin embargo podemos afirmar que fué todo un poeta de la vida; lo que brotó de su pluma fué bello y, sobre todo, hondo, con hondura de estímulo, con una bondadosa filosofía. Pero, por no quedarle tiempo para pensar en lo propio, no realizó sino en mínima parte lo que su espíritu fuerte traía para dar. Nos ha dejado sólo unos pocos diamantes, de imponderable buen gusto, de pristina diafanidad, con que solemos iluminar nuestros corazones cuando están atribulados, o cuando la duda pone su polvo cegador en nuestras pupilas. Decidme si no es reconfortante y generoso este concepto suyo de la fuerza, que al mismo tiempo que nos torna humanos y sutiles nos inunda de plácida belleza, oigámoslo:

«Estaba en el jardín, refrescando con la fragancia de las flores la ardencia de mi mente. Un airecillo húmedo me hizo mirar el cielo. Estaba carbonizado, relampagueante. Después, el viento huracanado me arrojó del jardín ya entristecido. Volví a mi estudio. Antes de leer, contemplé la lamparilla eléctrica que parpadeaba, y en tanto se normalizaba, pensé. ¿Qué cosa más sutil, trizable, que ese hilo de plumbagina en el que la corriente se torna en luz radiante? Y esa hebra, casi invisible, tan frágil, resiste un voltamen capaz de producir la muerte de un hombre! Creció el parpadeo y se apagó la luz en seguida. Una claridad celeste se filtraba en mi aposento. Llevé la vista hacia el balcón, y vi, asomada en un ángulo, la luna, redonda y blanca como nunca. La tempestad se había desvanecido. Torné al jardín. Allí estaban las flores, llorosas, pero erguidas en su tallo, sonriendo a sus húmedas hermanas del jardín celeste. Y pensé otra vez en la fuerte sutilidad de las cosas. ¿Un haz de matizadas y aromadas curvas transparentes, también resiste a la fuerza? Y de la flor airosa y del hilo sutil de la lámpara edison, esprimió esta enseñanza sencilla: para ser fuerte moralmente no es preciso la aspereza, no es necesaria la violencia que lastima o hiere. Se puede ser enérgico sutilmente, delicadamente, dulcemente, como la flor risueña ante el aquilón que la amenaza. No se debe ser fuerte de otro modo, porque dejamos de ser hombres, de ser civilizados». Parábola perfecta, en mi entender, que nos marca una norma, una posibilidad para el triunfo del espíritu y el vencimiento de la materia.

Tampoco fué Juan Ramón pintor ni escultor, para dejarnos, como un ejemplo, el monumento material que entonara una loa a la serenidad y al amor. Tampoco fué músico, señor de la melodía, único camino para penetrar el alma de los seres que huyen al raciocinio y a quienes fatiga la meditación. ¿Cómo logró entonces el milagro?

Juan Ramón fué maestro, maestro en todo momento de su vida. Vivió y murió maestro. No le bastó ser un profesor docto en pedagogía y en diversas disciplinas científicas; ni siquiera le bastó ahondar en el estudio del alma humana y en los medios de curar sus letras; no, él hizo una cátedra de su vida misma e hizo

un verbo de su propio espíritu. Ese fué su poder. Se puso entero en su obra, se dió íntegro. Y el que se otorga conquista.

* * *

Dijimos que fué maestro en todo momento de su vida. El sitio en que él se encontraba se convertía en aula. En el hogar, en la calle, en la tertulia, encontraba discípulos. Las raras veces que lograba aislarse, en la soledad estudiaba, meditaba o escribía, pensando siempre en enseñar. No había motivo ni cosa de los que no extrajera una lección. Lo grande y lo ínfimo, lo eterno y lo fugaz, lo bello y lo deforme, le ofrecieron en sus entrañas el secreto de la vida.

Juan Ramón, por ese motivo, no fué un hombre triste, sino cuando pasaba una jornada con las manos llenas de presentes sin encontrar a quien entregarlos. Salía cada mañana jubiloso de sol, con una sonrisa que pugnaba por derramarse, buscando a alguien. No iba con su linterna, como Diógenes, buscando un hombre, sino a alguien a quien pudiera convertir en hombre. ¡Qué gozo inenarrable lo poseía cuando un joven espíritu ensayaba los primeros vuelos con las alas que él le prendió! Y como tenía fe en que los hombres podían hacer del mundo algo mejor, nunca desmayó en preparar voluntades para tamaña empresa. Su clave era: «*Amarlo todo para comprenderlo todo*». Y él amó y comprendió. Escuchemos estas palabras suyas llenas de sabiduría:

«No ridiculices a los hombres, ni te burles de sus actos por absurdos que sean. No te rías de las cosas de la vida. Los humoristas, principalmente los mordaces, hacen sufrir y, por lo tanto, son desgraciados. Los espíritus burlescos, sólo tienen ingenio. Sólo saben criticar en forma negativa, disolvente. Es un sofisma que la crítica espinosa, por sutil y aromada que sea, corrige y contribuye al progreso. Sólo la sugestión educadora; en la escuela y en el hogar, modifica y mejora, corrige y enaltece. En cambio es verdad transparente que la crítica de tal naturaleza ha apagado llamas de inspiración genial, roto voluntades para la forja de nuevos destinos humanos, envenenado corazones y arrastrado al vicio inteligencias creadoras. Para ascender a las altas y serenas cumbres del pensamiento, para bañar el alma en los espacios del ideal, para alcanzar la belleza, hay que despojarse de ese espíritu de crítica punzante. El hombre superior toma la vida en serio. Sonríe a veces, dulcemente, casi siempre melancólicamente. A veces su pluma llora sutilísima ironía, pero jamás veneno».

* * *

Una de sus maneras más cautivadoras era la conversación. Escuchándola, a su lado, se sentía una descansada beatitud, como bajo la sombra de un frondoso mango. Su charla se deslizaba, refrescante como la brisa entre las ra-

mas, y a su soplo los frutos maduros caían cerca de nuestras manos avarientas. ¡Qué arma milagrosa para forjar la voluntad! Unas veces fluía ligera, como un manantial; otras se dilataba radiante, como un arco-iris. Para el triste era refugio, para el inconforme esperanza, para el extraviado camino de retorno, para el artista canto vivo de optimismo. Sus palabras caían en los barbechos del alma como semillas de fe, prontas a dar espigas. A menudo se volvían parabólicas, y en un rayo de luz nos entregaban atisbos de la verdad eterna. Y ese breve camino del labio al alma era siempre una lección de energía, de estímulo creador; era una sabia forma de moldear el espíritu, que se tornaba, a su influjo, más dócil que una cera de abejas. ¡Oh, encanto de ser conquistado de ese modo! Conquista que, al hacernos dueños de nosotros mismos, nos hacía aptos para la libertad. Conquista que nos alzaba de la esclavitud al señorío, de la miseria a la opulencia. Queremos aclarar que el sentido en que hemos usado, a menudo, por cierto, el término «conquista» no es el de dominio o servidumbre, sino el de sometimiento de la materia por el espíritu, que equivale a decir: conquistarnos para nosotros mismos, o sea: volvernos libres.

* * *

Pero aún en este elevado sentido, él evitó siempre imponer sistemas; religiosos, morales o sociales. El no quiso crear secta o escuela y preparar adeptos para difundirla. Su sueño era que sus discípulos forjaran cada uno su propia personalidad. El guiaba, impulsaba, fortalecía, pero dejaba a cada espíritu que alzara el vuelo hacia los horizontes de su preferencia, que cultivara las rosas de su elección. Por eso aconseja:

«La verdad deviene, no fuera del hombre, sino dentro del hombre mismo. Es manantial de luz que brota de nuestro inconsciente y que lleva su caudal, más o menos copioso, más o menos turbio, según las zonas de nuestra alma, a la conciencia. Quien, sin romper su vinculación con el mundo exterior, se abisma en su cosmos interno, puede tornar intermitentemente a la vida con un haz de luces en la mano para iluminar la senda que él mismo se abra a golpes de voluntad. No debemos exclamar pesimistamente: «Hermano, tú que tienes la luz dime la mía». Si no que debemos decir con gesto proceroso: Esta es mi luz. Blanca o negra, roja o fría, fresca o marchita, no importa. Yo os afirmo sinceramente, sencillamente, orgullosamente, que es mía, sin cuidarme que por ahí, en la Historia, en la hora que posa o en el día que viene —que todo es lo mismo— vaya otro ser con luz que se asemeje a la mía. Yo os afirmaré siempre que mi luz es propia, sin excluir a las otras, con el orgullo con que pudiera un pétalo de rosa desprendido decir en su vuelo: yo soy único en todos los rosales de la tierra».

Esa independencia vocacional, fué su norma durante los años que dirigió el Instituto Normal de Varones, centro de varias irradiaciones culturales, que se

fundó a instancias suyas. Haciendo suyo un hondo concepto del pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira, dice:

«Hay dos clases de espíritus progresistas: los que aceptan las conquistas ya sancionadas universalmente, y los que estando en ese mismo plano de progreso, laboran por libertades, innovaciones y mejoras no aceptadas y a veces rechazadas en el presente, pero que el porvenir saludará con respetuosa admiración. A la primera categoría pertenecen muchos, casi todos los intelectuales. La forman lo que muy bien pudiéramos llamar ismos psicológicos, puesto que sus componentes piensan y sienten más por sugestión y contagio que por impulso propio y meditado. A la segunda categoría pertenecen pocos, muy pocos espíritus. Son raros, porque la iniciativa audaz, original y fecunda es virtuosidad de almas esporádicas en el medio que surgen, almas superiores que saben afirmar su yo en el tiempo y en el espacio en el que les toca producirse».

* * *

Su obsesión fué formar personalidades originales; espíritus que ensayaran su propio vuelo abriendo surcos nuevos en el espacio; hombres valerosos, amantes en la búsqueda de lo desconocido, descubridores en la selva virgen del alma humana. Para esto era menester enseñar el valor como un evangelio: el valor, fuente de altruismo y desinterés. Aceptar el dolor y aún amarlo: el dolor, fortaleza y camino de perfección. Y predicar cada momento; *«Debemos amarlo todo para comprenderlo todo»*.

Para realizar esta obra se necesita tener en el alma un brasero siempre encendido. Y eso fué Juan Ramón: una llama viva. Una hoguera en que se quemaron las dudas, las vacilaciones y las cobardías. Una hoguera en la que surgió del cuerpo torturado y esclavizado, el halo victorioso del espíritu.

Como le correspondía a un alma que vivió floreciendo, Juan Ramón Uriarte murió cuando alentaba la primavera, en el mes de Abril de Mil Novecientos treinta y cuatro, en la ciudad de México, por él tan amada. Allá, como en todas partes dejó discípulos; pues era su santo vicio sembrar en las almas. Sembrador que murió con las manos llenas de semillas, en un divino gesto de aventarlas al surco.

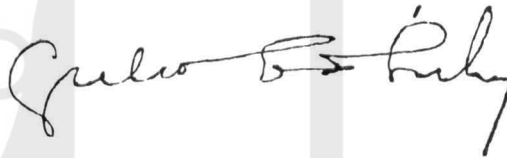
Acojamos cálidamente su recuerdo en nuestras almas. Encendamos en lo íntimo una lámpara votiva a la memoria del buen sembrador, de aquel que murió con las manos llenas de semillas, en un divino gesto de aventarlas al surco.

Nota Bibliográfica:

Además de otras importantes actividades, Juan Ramón Uriarte fué Ministro de El Salvador en México. Fué Director y fundador del Instituto Normal Central de Varones y de la «Revista de la Enseñanza».

Publicó las siguientes obras:

Fórajate—Parábolas de Guyau (selección y traducción)—
Cuscatlanología—La Poesía Salvadoreña—La Esfinge de Cuscatlán—Síntesis Histórica de la Literatura Salvadoreña.—Los Poetas Novios de Cuscatlán.



Juan Ramón Uriarte

